

Entrevista al doctor ALBERTO J. PLA

Dra. Nidia Areces

Universidad Nacional de Rosario

Dra. Teresa Suárez

Universidad Nacional del Litoral

La sección “Entrevistas” de esta revista tiene como objetivo prioritario acercar la trayectoria de historiadores o historiadoras al alumnado de nuestras universidades públicas, no sólo porque han sido ejemplares en el desempeño del oficio del campo profesional, sino fundamentalmente por su conducta ética en todos los terrenos: en el aula, en su comportamiento social, en la vida ciudadana. Alberto Pla significa todo esto.

En un lugar informal, cargado de afectos, el doctor Alberto Pla responde parsimoniosamente a nuestras interrogaciones.

Formación de un historiador

—*¿Cómo nace tu interés por la Historia, en particular por la Historia Americana contemporánea? ¿Cuáles son las razones que te llevaron a dedicarte al estudio de la Historia? ¿Qué interrogantes intentabas responder?*

—O sea, me están preguntando por el origen. Por qué me metí en el campo de la Historia y por qué elegí Historia Americana; la verdad es que fue una casualidad. El bachillerato lo hice en Rosario y me fui a estudiar el Doctorado en Física en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de La Plata. Estuve tres años estudiando Física. Estoy hablando de los años 45, 46, 47, plena época del primer peronismo, en donde Perón interviene las universidades y donde las autoridades son incluso directamente autocalificadas como fascistas, simpatizantes del Eje y de Alemania, y todo lo demás. En el nivel estudiantil el problema no era “Perón o no Perón”, el problema eran las autoridades universitarias. Ahí empecé a militar como estudiante. Hubo una huelga, me edilgaron una serie de cosas, porque yo era el representante de Ingeniería ante la Federación Universitaria, y me expulsaron de la Universidad. Entonces estuve más de un año sin estudiar. Trabajé como obrero en dos fábricas. Cuando decidí volver a estudiar me dije: no puedo volver a la Facultad de Ingeniería porque de allí me expulsaron, y como tenía preocupaciones políticas como militante estudiantil, entré a estudiar en la Facultad de Humanidades, en donde pensaba estudiar Filosofía, no Historia, pero los profesores de Filosofía eran lo peor del cuerpo de profesores, era una cosa, digamos, escandalosa. Los de Historia eran también muy malos pero, por lo menos, daban para leer una serie de cosas como materias introductorias, y me fui entusiasmando. Ahora, la pregunta es: ¿Cómo nace mi interés por la Historia? La verdad que me metieron en un brete (risas), digamos que fui decantando situaciones que

terminaron en que me dedicara a estudiar Historia. Mientras tanto seguía expulsado de la Universidad, pero como me habían expulsado de la de Ingeniería, los de la Facultad de Humanidades no se dieron por enterados. Entonces, según los libros de actas en donde se registraban las materias aprobadas, había realizado toda la carrera, hasta que advirtieron la situación y me dijeron: “¡Pero usted no puede hacer eso porque está expulsado!”. La respuesta fue: “Bueno yo ya lo hice, figura en las actas”. No pude retirar mi diploma hasta después del 55. Pero la motivación por seguir trabajando en temas de Historia, obviamente en la medida en que me metí en la carrera, fue engranando, y aprecié que en Historia no solamente se podía hacer Historia positivista—que era la Historia tradicional que predominaba en la mayoría de las cátedras y en aquella época ni siquiera se podía decir *positivista* porque más eran una manga de ignorantes. Entonces, yo me inscribía y estudiaba por mi cuenta. Me aplazaron dos veces. Como anécdota, en Historia Argentina (en aquella época se sacaban bolillas) sale la bolilla y me toca la campaña de San Martín, empiezo a hablar de las campañas y el profesor me pregunta: “¿Cómo se llamaba el padre? ¿Cómo se llamaba la esposa? ¿Tuvo un hijo?”. Lo mandé al diablo y le dije: “Ésa no es la materia, la campaña de San Martín no tiene nada que ver con todo esto”. En Historia Antigua me preguntaron los diez mandamientos. Les dije: “¿Quieren que les diga los diez mandamientos?”. “Sí, los diez mandamientos”. Y empecé a decirles los que me acordaba, porque yo había estudiado la historia de Israel, y me dicen: “No, no, dígamelo en orden”. El uno, el dos, el tres, el cuatro, el cinco... (risas) y les dije: “Ah no, eso no lo sé”. Por supuesto, me aplazaron.

Teresa: —¿Y la bibliografía que fuera alternativa a la que estos profesores te consignaban?

—Me refiero en particular a los profesores que aparecieron después, cuando se terminó la intervención peronista, como José Luis Romero, y que estaban fuera de la facultad y de la Universidad, en Buenos Aires, por ejemplo. Romero consiguió refugio y viajaba cada quince días a Montevideo para dar clases, pero no en Buenos Aires. Lo conocí a Romero cuando, después del 56, vino a dar una materia a La Plata. Discutiendo con él, conversando una serie de cosas y por el interés que yo podía tener, me invitó a participar en el Instituto de Historia de la Cultura que dirigía en La Plata, que era un instituto nuevo. Romero perdió interés en La Plata rápidamente, porque la verdad es que había un ambiente de lo más chato, y se quedó en Buenos Aires. Me invitó para que fuese a Buenos Aires a participar en la materia a su cargo, Historia Social General, y ahí empecé a hacer carrera. En La Plata estaba como auxiliar en el instituto que dirigía Enrique Barba, y al final terminé concentrando mi interés en Historia Social General. Los sueldos, de todas maneras, no me alcanzaban; trabajaba en una librería o en distintos lugares y eso era lo que me servía para sobrevivir. Además, ya estaba casado y tenía una hija, chiquitita. Entonces directamente me quedé en Filosofía y Letras de la UBA, y me encontré con un campo nuevo porque el viejo Romero—digo el viejo con simpatía—hacía, digamos, Historia de la Cultura, no hacía Historia Económica y Social, que era la que a mí me interesaba, pero era lo suficientemente amplio como para que en el Centro de Estudios de Historia Social cada uno pudiese trabajar en lo que quería. En ese Centro estaba Romero, que era el más progresista de todos los que estaban por ahí dando vueltas. Lo que hizo Romero fue dejarme abrir una sección de estudios latinoamericanos, que era lo que a mí me interesaba. Además del hecho de que consolidarme implicaba meter un marxista, porque yo aparecía como marxista en lo poco que escribía en aquella época,

y en las discusiones lo defendía, independientemente de que mi marxismo era muy elemental porque era totalmente autodidacta. Pero Romero conocía de marxismo a lo sumo a Lukács. Y la discusión era ya desde aquella época que era joven. De mi parte planteaba que el problema no era Lukács. Lukács pasa a ser marxista, y yo puedo o no estar de acuerdo con Lukács. El problema es leer a Marx, y entonces voy a decir si estoy o no de acuerdo con Marx, porque los marxistas son una cosa y Marx es otra; por lo menos para mí fue siempre así y desde joven pensé en eso. Entonces, ¿qué hice? Me puse a estudiar *El Capital* y la obra de Marx y no lo que decían los marxistas. Paralelamente leía manuales y otras obras que salían sobre marxismo y me empecé a dar cuenta de que los marxistas decían cosas que Marx no decía. Y no solamente que no las decía, sino que decía lo contrario. Comencé a perderle el respeto a los marxistas pero le tomé respeto a Marx. Independientemente de que Marx estaba escribiendo en una época en donde no había tantas sutilezas desde el punto de vista del lenguaje, por ejemplo, y en donde si nosotros lo pensamos desde el punto de vista de la Historia como Ciencia, es decir, desde el punto de vista científico, la Historia, creo que se puede calificar como Ciencia en la medida en que puede, digamos, elaborar categorías analíticas. Si es puramente descriptiva, fáctica, a la forma positivista, como el modelo tradicional de la Historia del siglo XIX de Ranke, pues entonces me quedo simplemente en el cuentito. Ahora bien, si a partir de ahí extraigo información que me permite elaborar categorías analíticas, veo cuáles son las escuelas. Hay una escuela positivista que no se queda solamente en lo fáctico, por ejemplo. Si uno se pone a estudiar marxismo, tiene que empezar a estudiar dialéctica, y por consiguiente hay que meterse en Hegel. Es una cadena, porque para meterse en Hegel hay que estudiar a Kant. Uno se va engranando teniendo también en cuenta lo que se tiene mayor interés en hacer, se le va agregando otra serie de cosas en función de la justificación de lo que estoy diciendo, porque si no, no me lo puedo explicar. Hay una teoría del conocimiento con la se puede estar de acuerdo o no, pero se está asumiendo una teoría del conocimiento, aunque uno no lo sepa. Está asumiéndola porque es un bien público, porque la usa todo el mundo, porque los autores la manejan y entonces uno termina utilizándola, y no lo hace reflexivamente desde el punto de vista crítico. Retomando, el problema era la discusión de todo esto y José Luis Romero; lo resalto a Romero porque realmente a mí me abrió puertas. En el Centro de Estudios dijo: “Estamos viendo toda una serie de corrientes historiográficas y no hemos visto marxismo, aquí el único que sabe marxismo es Alberto. Vamos a hacer una conferencia para que Alberto explique lo que es el marxismo”. Y los otros ni hablar, porque decían que estaban haciendo otra cosa. Romero tenía otra actitud, independientemente de las diferencias y las discusiones que teníamos, sobre temas fundamentales de lo que es la Historia, aparte de su propia militancia, porque era socialista, estaba afiliado al Partido Socialista con el que rompió cuando se fue Palacios, además de romper con Américo Ghioldi y compañía. Palacios apoyaba a la Revolución Cubana en ese momento. De todas maneras, yo no era socialista, había sido afiliado socialista en mi juventud, cuando era estudiante y me expulsaron; como ven, tengo varias expulsiones (risas).

Nidia: —*Sería interesante que plantearas tu experiencia acá en Rosario.*

—Bueno, lo que pasa es que la experiencia en la Facultad de Filosofía en la Universidad Nacional de Rosario tiene su origen en Buenos Aires. En Rosario, Gustavo Beyhaut —uruguayo que viajaba de

Montevideo a la UBA—venía a dar clases también a Rosario y dictaba Historia de América Contemporánea. En el Centro de Historia Social que dirigía Romero estábamos los dos. Beyhaut era un visitante que no estaba permanentemente, en cambio los demás íbamos al Centro todos días con horario completo, a pesar de que teníamos dedicación simple; creo que no existía la dedicación exclusiva pero se podían hacer cosas. En 1962, estando como director del Instituto de Historia de Rosario Nicolás Sánchez Albornoz—a quien yo conocía porque también aparecía en el Centro de Estudios, un centro operativo adonde venía mucha gente, entre ellos, el propio Nicolás, con el mantuve una relación cordial a pesar de tener orientaciones totalmente distintas desde el punto de vista historiográfico—teníamos una relación de respeto, de colegas. Beyhaut le propuso que me invitara porque lo estaba haciendo en la sección que habíamos abierto en el Centro de Estudios de Historia Social que dirigía Romero. Me lo platearon y acepté. En esa época era profesor adjunto en la Cátedra de Romero en Buenos Aires, donde también estaba como adjunta Reyna Pastor; nos llevábamos muy bien, es decir, era la única persona que se acercaba a la concepción de la Historia que sostengo.

Teresa: —¿Esto implicó una mudanza a Rosario?

—No, viajaba. Había muchos profesores viajeros, e incluso el propio Nicolás Sánchez Albornoz, —director del Instituto— viajaba de Buenos Aires a Rosario. En aquella época había que quedarse dos días en Rosario, porque eran dos las clases que debían dictarse; podía hacérselo en días salteados, pero eso hubiera sido peor. Alguna vez vine miércoles y jueves, pero la mayor parte de las veces lunes y martes. Todo el grupo porteño que venía a dar clases a Rosario lo hacía viernes y sábado, aprovechaba el medio día del sábado para otras actividades y concentraba las horas de clase en un solo día. Yo venía a otro horario, e incluso cuando estaba Sergio Bagú nos pusimos de acuerdo y viajábamos juntos. Dictaba Introducción a las Ciencias del Hombre e Historia de América Colonial. Veníamos desfasados con respecto al grupo de Buenos Aires donde se juntaban no solamente los de Historia, sino los de otras orientaciones, Psicología, Literatura, etc. Los dos o tres de Psicología, que estaban en el Consejo Directivo de la Facultad, llegaron a pedir mi expulsión, porque adherí con una nota a un acto estudiantil que hicieron un día en que no iba a Rosario. Entonces, el decano, junto con sectores de la derecha, me pidió que ratificara o rectificara la nota. No solamente la ratifiqué, sino que les mandé otra copia firmada y autenticada. Cuando se produjo el golpe del año 66, a mí me estaban por expulsar los democráticos. A Bagú también le hicieron la vida imposible y decidió no venir más. Todo esto fue previo al golpe del 66. En los primeros días de junio de ese año estaba en el orden del día del Consejo Directivo el dictamen del sumario que me habían hecho para expulsarme de la Facultad. Vino la revolución de Onganía y me salvé, no me echaron. Después me sumariaron y me echaron los otros (risas) en el 67. Yo no estuve de acuerdo con la renuncia de los profesores en el 66, pero estaba en contra de los militares.

Nidia: —*En ese momento yo era ayudante en la cátedra que dictabas, Historia de América Contemporánea.*

—Uno de los tiempos más lindos, digamos, del funcionamiento aquí. Estabas vos, Silvia Cragolino, un grupito con el que hicimos diversas actividades. Discutía con los democráticos que

estaban con el planteo de la renuncia con la cual no estuve de acuerdo por una serie de razones. Dije que había que quedarse en la Facultad y profundizar lo que estábamos haciendo y que los interventores tendrían que tomarse el trabajo de echarnos uno por uno. Bueno, en Humanidades renunció casi todo el mundo. Desmantelaron, y quedó un vacío que la intervención inmediatamente cubrió. El único, prácticamente, que estaba ahí era yo, nuevamente el marxista. Entonces profundicé lo que hacía, o sea, hice más marxismo; por supuesto, me hicieron sumario administrativo y el decano Brie pidió mi cesantía. Lo gracioso del asunto fue que era tan ineficaz para manejarse, si uno quiere decirlo más suavemente, que me hizo un sumario administrativo y me pidió la cesantía. El argumento era que me había negado a formar parte de las mesas de examen de los profesores renunciantes. No iba a cubrir a profesores que habían renunciado porque estaban en contra de la intervención, porque también yo estaba en contra de la intervención aunque no había renunciado.

Teresa: —*Por indisciplina era... (risas)*

—Me conminaron y pidieron mi expulsión. Me tenía que expulsar el interventor de la Universidad, o sea, en nombre del Consejo Superior inexistente. El rector lo mandó a los abogados para que estudiaran el asunto. Hice mi descargo, diciendo que el estatuto y el reglamento que todavía no habían sido derogados establecían que me tenían que descontar el 10% del sueldo por ausencia en la mesa de examen. Entonces, como había faltado a diez mesas de examen, reconocía que no me tenían que pagar un mes pero que no era válida la expulsión. La única sanción que estaba prevista en el reglamento era el descuento del 10% por ausencia injustificada en mesa de examen. En el Rectorado no sabían qué hacer porque no tenían argumentos jurídicos. Resultado: que durante medio año estuve sumariado, de forma ilegal, y suspendido, o sea, que no estaba dando clases. El decano perdió el juicio y me volvieron a reincorporar a la Facultad; habían pasado dos años del gobierno de Onganía y ya no era lo mismo que en el año 66. A todo esto, se estaban aflojando todas las situaciones. Es decir, ahí es donde se pudieron pelear varias cosas para que entrara otra gente; volvió Reyna, que había renunciado y que en esas condiciones pudo volver. En el 70 todavía estaba la intervención, precisamente una de las cosas que le arrancamos al interventor fue que llamara a concurso, y avisamos a una serie de gente para que se presentara. Me acuerdo que se presentó Guillermo Beato en un concurso convocado en el 71.

Teresa: —*Esto fue en Rosario, cierto. ¿Y cómo había quedado en Buenos Aires la situación después de la “Noche de los bastones largos”?*

—Bueno, en Buenos Aires a mí no me echaron. Hubo renunciaciones, como las hubo aquí en Rosario. Como era el adjunto de Romero en Historia Social General, al no echarme, me hago cargo de la materia. A finales del 66 y todo el 67 estuve a cargo de la materia, haciendo lo que hice en Rosario, exactamente lo mismo, profundizando. ¿Qué sucedía? Había que entrar con documentos a la Facultad, y me peleaba a cada momento con los policías que estaban allí, porque a los estudiantes que no tenían la libreta universitaria o los documentos no los dejaban entrar. A cada rato tenía peleas. A mí me conocía todo el mundo y empezaron las denuncias de que mi cátedra era adoctrinamiento marxista, es decir, terminaron con que especialmente a un ayudante mío —Juan

Carlos Grosso—lo tomaron porque fue poco hábil para moverse, lo tomaron, digamos, a él especialmente en una clase en donde hubo una provocación organizada por un grupo de nacionalistas de ultra derecha. Y Grosso respondió bastante violentamente ante la provocación. Entonces se armó un escándalo, volaron las sillas y lo echaron. Cuando echan a Grosso, una excelente persona y un amigo, todo el resto de la cátedra se solidariza con él. Resultado: en dos meses todos estábamos echados.

Trayectoria profesional

—*A tu entender, ¿cuáles son las experiencias que marcaron tu trayectoria profesional?*

A pesar de lo traumático que es todo exilio, ¿qué experiencias rescatás de esa etapa de tu vida?

—Fui cayendo en el campo de la Historia un poco en función de las circunstancias ajenas a mí, porque yo fui a La Plata a estudiar el Doctorado en Física, y paulatinamente, a través de todas esas cosas, caí en Historia. Y cuando caí en Historia y empecé a estudiar, sistemáticamente por mi parte pero no por los profesores, ya que no rescato a ninguno de todos los que había en aquella época, dije: qué suerte que me echaron de la Facultad de Ingeniería, me han hecho un gran favor porque realmente me interesó mucho más, digamos, el campo de la Historia, de las Ciencias Sociales, de cualquier manera que las mencionemos. Y con respecto al problema de experiencias que marcaron mi trayectoria profesional, que sería la segunda pregunta, más o menos lo que acabo de decir, en donde hay una serie de experiencias, porque junto con eso yo tuve una militancia política. O sea, no era un marxismo aséptico del tipo académico y academicista, sino que había una militancia política en partidos de izquierda, partidos trotskistas, que me facilitaban el hecho de profundizar y estudiar en serio, por lo menos lo que podía entender en esa época de marxismo militante. Y ahí fue donde empecé a tener diferencias con todo el mundo, e inclusive con mis compañeros trotskistas, en donde terminé yéndome del partido y dando un portazo. Hace ya muchos años de eso.

Nidia: —*Y con respecto a tu experiencia en Venezuela y en México?*

—La experiencia en Venezuela y en México para mí fue muy positiva. Es decir, me tuve que ir; a finales del 75 —pleno auge de la Triple A—, tuve tres amenazas de muerte. En algún caso, incluso, compartimos situación traumática con Nidia, cuando nos sacaron a punta de ametralladora, cuando estábamos en reunión de cátedra en la Escuela de Historia. Ocuparon los tipos de la Triple A, la ultraderecha, con armas, el tipo que entró ahí, lo que es hoy la sala de la Escuela de Historia. Estábamos en reunión de cátedra. En la cátedra he tratado de que paulatinamente se vaya incorporando gente. Siempre ha sido una cátedra muy numerosa, porque creo que la Universidad, la Facultad, no ofrece espacios para los jóvenes. Es decir, llaman a concurso para un cargo de Profesor Adjunto, sí, está bien, perfecto, pero hay que tener una cantidad de antecedentes, una cantidad de cosas. Entonces la gente joven nunca accede, y a mí me interesa la incorporación de jóvenes. Con la primera persona que trabajé fue con Nidia. Trabajamos juntos en una cantidad de cosas. A veces teníamos diferencias, discutíamos, coincidíamos y todo lo demás. Nos llevábamos muy bien, había una situación de respeto y de colaboración en la actividad y en el trabajo. Es decir, eso fue una

primera forma de integración de cátedra. Y después se fue incorporando gente más joven, y más joven. Entonces teníamos cátedras por ejemplo como la que tengo ahora en la Facultad, que somos diez personas. Uno dice: ¿diez personas?, ¿cuántos alumnos, cuántos inscriptos tengo en la materia? 64 estudiantes. ¿Con diez miembros de cátedra para dar una materia? Sí, pero solamente cuatro cobran, los otros seis están *ad honorem*. Y están ahí, y van a clase, y estudian y participan y van a reuniones. Y les dicen: ¿Y cuánto sacás?, “cero”, responden. No les pagan un peso. Les reconocen una designación *ad honorem*. Les digo que están haciendo antecedentes, porque tienen un reconocimiento oficial, institucional, en donde dice que son Ayudantes de Primera o Jefe de Trabajos Prácticos, aunque sea *ad honorem*.

Nidia: —¿Por qué dijiste que fue rica la experiencia en Venezuela y en México?

—Sí, retomo el asunto. Tuve la suerte de irme justo antes del Golpe. Las diversas amenazas de la Triple A me obligaron a dejar Rosario. Aclaro que lo único que me quedaba era el cargo de Rosario porque de Buenos Aires me habían echado hacía rato por la intervención de Ottalagano. Había estado trabajando también en Salta, de donde igualmente me habían echado. Decidí entonces que después de tres amenazas de muerte ya era suficiente. Mientras tanto tuve suerte. El portero de la casa donde yo vivía era un chileno, un trabajador de pocas luces, no leía nada ni se podía decir que tenía una posición firme ni sabía muy bien en qué estaba. Pero él en Chile era socialista y estaba con la Unidad Popular. Había viajado a Chile especialmente para poder votar a favor de Allende. Cuando vinieron a mi departamento a buscarme, el portero reaccionó instintivamente. Yo no estaba y me avisa que me habían venido a buscar. Le pregunto: “¿Quién me vino a buscar?”. “Y, lo vinieron a buscar —dice. Estaban de civil, pero yo sé que eran policías”, que esto, que lo otro. Dos o tres veces pasó lo mismo. En un determinado momento vinieron y me empezaron a patear la puerta. Ya la cosa se ponía demasiado espesa. Además de eso ya me había quedado sin ingresos, es decir, a finales del 75 estaba desocupado. A principios del 76 me fui. ¿Qué hice? Les escribí a gente más o menos amiga de Venezuela y de México que había conocido en congresos de americanistas. Le escribí a Bagú que se había radicado en México y a Roger Bartra. En Venezuela le escribí a Miguel Acosta Saignes, antropólogo que participaba en los congresos de americanistas y tuvimos muy buena relación. Todos me respondieron diciéndome: “Venite y ya vamos a ver qué podemos hacer”. Estuve analizando las posibilidades y elegí Venezuela, porque mi hija vivía en Venezuela. Pensé que llegábamos a un lugar en donde por lo menos me volvía a encontrar con mi hija. Estábamos con mi compañera, con la que todo lo hemos vivido juntos. Las buenas y las malas. Nos fuimos a Venezuela.

Dio la casualidad de que el historiador Manuel Caballero era el director de la Escuela de Historia. Yo le había pedido por carta, sin conocerlo, y habiendo sólo leído algunas cosas de él para una colección que yo dirigía en el Centro Editor de América Latina, que hiciera un texto para un fascículo sobre Betancourt. O sea, como director de colección trataba de que un peruano escribiera sobre personajes peruanos, un venezolano sobre personajes venezolanos y no que un argentino estuviera sobre todos los personajes latinoamericanos. Otro que me apoyó mucho fue Héctor Malavé Mata.

Nidia: —*Pero fueron muchos los argentinos a quienes les abriste campo...*

—Sí, fueron muchos los argentinos, porque la condición que puse en el Centro Editor para dirigir la colección fue que yo elegía los autores y les presentaba el programa de edición de los cincuenta y tantos fascículos que había que sacar. La editorial, Boris Spivacov, podía tener derecho a veto, pero no me podía poner a nadie con quien yo no estuviera de acuerdo y no me podía sacar a nadie si yo estaba de acuerdo y lo defendía y, o sea, la colección la dirigía yo. Escribieron muchos de Buenos Aires y de Rosario; era gente que se estaba comportando correctamente, es decir, independientemente de las posiciones que cada uno tenía. Cuando aparecían los fascículos me decían: “¿Y éstos quiénes son? ¿Quién los conoce?”. Se suponía que la intención era que fuesen gente de renombre, es decir, si pedía una cosa de Historia Argentina, se la tenía que pedir a Halperin Donghi, por ejemplo. Retomando, precisamente había sido al director de la Escuela de Historia a quien le había pedido que hiciese el trabajo sobre Betancourt. Acosta Saignes me abrió el camino para verlo a Manuel Caballero, pero también para ver a distintas personas de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, porque ahí estaba Sociología.

Nidia: —*Hay que rescatar que gracias a tu contacto de Venezuela acá se inició después otro proyecto de investigación, en el 88, sobre los guaraníes, en el cual por supuesto no participaste, pero abriste el campo...*

—Había gente de Misiones, ¿te acordás?

Nidia: —*Sí, fue la relación entre la Universidad Nacional de Rosario y la Universidad de Misiones en Argentina. Estábamos en contacto con especialistas de Uruguay, Bolivia, Paraguay, y por supuesto Venezuela.*

—El problema está en que en Venezuela pude trabajar, primero con un contrato muy breve en la Facultad de Ciencias Económicas porque no había cargos. Y al año siguiente, en el 77, me nombraron en la Escuela de Historia, en la Facultad de Humanidades, con una dedicación exclusiva. Entonces ahí me establecí, obviamente. Empecé a organizar un taller de investigación sobre Historia venezolana.

Nidia: —*¿Y la tesis doctoral?*

—En realidad yo no la empecé pensando en la tesis. En el Taller, nuevamente, había gente joven, seis u ocho, y trabajábamos juntos sobre el período 1924-1950 de la historia venezolana. Como de costumbre, cada vez que se forma un equipo así, sacamos un libro, donde escribieron todos los muchachos. Ya había sacado un libro en Buenos Aires, es decir, cuando estaba en Historia Social, cuando nos echaron en la época de Onganía, y era una especie de historia del partido radical desde finales del siglo XIX hasta la época posterior a Frondizi. En el libro de la Década Infame, donde escribió Nidia, no participó el equipo que trabajaba conmigo en Buenos Aires. En él escribieron Hernández Arregui y otras personas representativas de distintas posiciones. Para una posición de tipo nacionalista preferí a Hernández Arregui y no a Jauretche, por ejemplo. Me pareció menos politizado y más pertinente. Fueron media docena de autores los que se juntaron, cada uno escribió sobre un tema, lo mismo que yo escribía un capítulo en cada uno de esos libros.

Teresa: —*Hasta cuándo fue el período de Venezuela, desde 1976...*

—Estuve hasta septiembre de 1982.

Teresa: —*¿Y en ese período hiciste la Tesis de Doctorado?*

—No, en ese período hice un Taller de Historia del Movimiento Obrero en Venezuela junto con gente de la Facultad de Ciencias Económicas. Entre una cosa y otra se fue recopilando una cantidad de materiales, de fuentes, de documentación. Estuvimos haciendo investigación en los archivos venezolanos. Por desgracia, el archivo oficial de lo que podría ser el Archivo Nacional estaba cerrado por refacciones, pero de todas maneras había una cantidad de materiales que sí se podía consultar... de la Academia de Historia de Venezuela y de unas bibliotecas que tenían archivos de tipo hemerográfico. Yo estuve trabajando bastante en esos archivos, y todavía tengo material que nunca utilicé sobre de temas venezolanos, en particular de Historia Social venezolana. O sea que recopilé el material suficiente como para poder hacer una tesis, pero no hice la tesis, no la escribí. En el año 1982 tuve un problema, me tuve que ir de Venezuela. Bah... me fui porque quise, dando un portazo. Otro historiador con el cual nunca me llevé bien, que era Germán Carrera Damas, venezolano, especialista en el tema Bolívar y la revolución de la independencia en Nueva Granada, me atacó arbitrariamente. Me acusó. Carrera Damas es un profesor que era militante del Partido Comunista, que se pasó al Partido Acción Democrática y después al Partido Social Cristiano, cada vez más a la derecha. En aquella época, después de estar seis años y medio en Venezuela, yo no hice nada con él, en absoluto, estaba ofendidísimo conmigo. Yo lo había conocido en Argentina pero no le había pedido nada a él, sino a otra gente. Precisamente por un problema de orientación y de relación personal. Cuando uno dice: ¿Qué piensa?, ¿coincido o no coincido?, es decir, todo eso tiene importancia. Pero sobre todo uno dice: “Ésta es una buena persona”... si es una buena persona tengo trato con ella. Yo militaba y con los militantes del partido no podía ni ir al cine, porque me llevaba mal. En cambio, tenía amigos y gente con la que salía a pasear, lo que fuese; incluso tomarnos unos fines de semana largos de paseo, cosas así, y que no tenían nada que ver con el trotskismo, ni con el marxismo, ni nada por el estilo, pero era buena gente y nos llevábamos bien. Por lo menos yo veo así las cosas. A Carrera Damas nunca le pedí nada ni me acerqué para nada. Presentó un escrito en el Consejo Universitario, que sería el Consejo Superior, pidiendo mi cesantía, y sacó un brulote, a doble columna, en un diario, en donde se la pasó diciendo una cantidad de mentiras, desde que yo era un profesor paracaidista, que no tenía título, qué sé yo, de todo me acusaba. Es decir que estaba haciendo proselitismo en la carrera. Yo no me metía con nadie porque estaba prohibido hacerlo. En la Constitución venezolana, como en la mexicana, está prohibido que un extranjero se meta en política interior. Todo el mundo en la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades me dijo “está loco”. Yo asistía todos los días a las dos de la tarde y a veces recién me iba a las diez de la noche. La Escuela de Historia trabajaba de tarde, porque en las mismas instalaciones donde ella funcionaba estaba la Escuela de Geografía que usaba las instalaciones por la mañana, y a partir de las dos de la tarde, esas mismas instalaciones, aulas y demás, las usaba Historia. Tenía mi cubículo —aquí uno no tiene ni lugar en donde sentarse para conversar con alguien—, lo que era una cosa para mí insólita, la primera vez que tenía un lugarcito, un lugarcito chiquito así en el que cabían un escritorio y una estantería, pero era mi lugar. Iba y me podía

sentar ahí tranquilamente sin ningún problema. No tenía más que hacer menos de cincuenta metros y tenía la cafetería. Todas las condiciones de funcionamiento eran excelentes, comparado con lo que es Argentina, cualquier universidad, incluida la de Buenos Aires.

Nidia: —*¿Es por eso que te fuiste a México, a Puebla?*

—Claro, el sumario administrativo; hasta el rector de la Universidad, a quien yo no conocía personalmente, sabía que no tenía absolutamente nada que ver, dijo que la acusación de Carrera Damas era “una locura”. Y un abogado que hizo un sumario redactó un dictamen diciendo “esto es una locura”. Entonces sale la resolución rechazando la impugnación de Carrera Damas y ratificándome en el puesto. Cuando me ratifican y tengo la resolución, en marzo del 82, voy a la Escuela de Historia, que era mi lugar de trabajo, y digo: “Termino el semestre, pero a partir de las vacaciones del mes de agosto acá está mi renuncia”. “Pero, ¿cómo vas a renunciar si ganaste?”, y me fui de Venezuela refregándole mi renuncia.

Teresa: —*Qué situación incómoda le habrá quedado a este hombre... Cuando se abrió el canal América en la Embajada de España, por 1992, el V Centenario, él representaba a Venezuela.*

Nidia: —*¿Y tu experiencia en Puebla?*

—Hay una cosa muy graciosa ...

Nidia: —*Yo conservo dos cartas de esa época...*

—Sí claro, nos escribíamos un poco, es decir, para no comprometerla. Ella me escribía generalidades y yo le escribía generalidades, porque era comprometido que le mandase una carta diciéndole toda una cantidad de cosas con todas las letras.

Teresa: —*Claro.*

—Qué sabía yo adónde iba a caer esa carta. A un amigo que lo desaparecieron, que había trabajado conmigo en Salta, Alberto Calou, que me escribió diciéndome: “Me tengo que ir. ¿Puedo ir a Venezuela?”, le dije: “Venite a casa, tomá el primer avión”, qué le iba a decir... Mi carta ya la recibió la policía, porque lo habían agarrado y desapareció. Calou, como otros, había estado en Salta cuando reorganicé la carrera de Historia proponiendo una serie de profesores. La cuestión era que había que crear una nueva carrera.

Sobre la situación actual de los estudios históricos

—¿Cuál es tu visión respecto de la situación actual de los estudios históricos, en particular americanos y argentinos?

—Pienso que son muy débiles, que son muy flojos y que además de eso se manejan con una metodología de tipo tradicional. La inmensa mayoría de los estudios históricos sigue siendo neopositivista. Se pueden hacer otros enfoques, y si son otros enfoques prácticamente desaparecen, y muchas de las cosas que aparecen como libros en realidad son periodismo histórico.

Nidia: —¿A qué te referís?

—Y, a que aparece una cantidad de libros sobre temas más bien de actualidad o de recientes sucesos, digamos, de los últimos veinte años, y son trabajos periodísticos más que verdaderamente históricos. Metodológicamente es neopositivismo.

Nidia: —¿Y con respecto a la denominada “nueva historia política”?

—Empezando porque lo que yo conozco de “nueva historia política” son cosas de Historia Argentina. Creo que no tiene nada de nuevo. Es decir, me parece que podrá estar más fundamentada, podrá acopiar más datos, más información, pero después está el problema con respecto a la discusión en el campo de qué es la historia y cómo enfocarla; en primer lugar no es aséptica, implica una formación del historiador que es sumamente compleja; en segundo lugar, no solamente no es aséptica sino que siempre es parcial, o sea, no existe para mí la imparcialidad en la Historia, porque está precisamente condicionada por la toma de posición. Supongamos, tengo una cantidad de hechos, si tengo una posición marxista a lo mejor elijo estos hechos, pero si soy neopositivista, o funcionalista o estructuralista, elijo otros. Todos esos existieron, pero una visión total, globalizadora, es escasa. Es decir, hay historiadores que se destacan precisamente porque hacen una cosa más global. La información está. El problema es a qué le doy prioridad. Lo veo incluso en los textos que nosotros tenemos que usar porque no existen otros, en la materia, en donde haya, no una manipulación, sino una concepción distinta de lo que es la Historia a la que puedo tener yo. Ahora, yo tengo una concepción marxista, ¿qué significa eso?, y para mí es decir que si estoy haciendo Historia contemporánea me ubico, primero que todo, en que estoy haciendo una Historia, en donde el capitalismo es un régimen, un sistema que predomina y que tiene hegemonía. Como dijo Marx muy claramente, la ideología de una época es la ideología de la clase dominante, y cada uno de nosotros la tiene incorporada. Ése es el famoso problema de la alineación, se está alienado, socialmente no individualmente, por las condiciones sociales en que se está viviendo. Ahora, si no creo eso, si creo que existe la objetividad en la Historia, la objetividad aséptica, obviamente voy a pensar que el resultado de lo mío, en la medida en que me baso en una serie de datos, es la verdad. Y es una verdad absoluta lo que se está planteando. Esto es así. Y como hacen muchos profesores en los cursos en que dicen su posición, “esto es así”. Y no buscan —por lo menos yo lo hago en la materia—, sobre un mismo tema, tomar unos autores que dicen uno blanco y otro negro y dárselos a los estudiantes y ver qué reacción tienen. ¿Se dan cuenta de que tienen que tener una visión crítica para decir me inclino por esta posición o me inclino por esta otra? ¿Qué significa una u otra? Y esto es parte de una crisis constante, permanente en el campo de las Ciencias Sociales, pero que está agudizada ahora por algo que creo que tiene más trascendencia, porque está condicionando lo micro en función de una situación a nivel macro, que sería —lo digo muy rápidamente— que la modernidad está en crisis. Cuando la modernidad está en crisis aparecen los posmodernos. A la modernidad le interesaba la historia, a los posmodernos no le interesa la historia, para ellos la historia es una pérdida de tiempo, una buena novela, en última instancia. Y así lo dice más de uno de ellos; he citado en algunos artículos dos o tres en esa línea de pensamiento. Por qué digo que está en crisis la modernidad; primero tengo que pensar qué es la modernidad. La modernidad es una concepción del mundo que tiene que ver con lo teórico, lo

metodológico y lo ideológico, que surge después de la revolución industrial y de la Revolución Francesa, pero precisamente de la revolución industrial. Entonces viene lo moderno. ¿Quiénes se enfrentan? La modernidad, la concepción modernista, se enfrenta con el romanticismo, y los románticos son de la concepción moderna. La modernidad es la civilización capitalista industrial, y los románticos rechazan todo eso y quieren volver al orden natural, ¿a quién recurren?, a Rousseau. Los románticos exageran la nota a tal punto que para ellos la fábrica había que destruirla. Y volver a la época anterior es retornar a una época idealizada. Y ello, en última instancia, es volver al trabajo artesanal. Me ubico en una situación donde me encuentro con que Marx dice: “Según como se consideran las cosas, yo soy un romántico, porque yo creo que esta civilización industrial moderna es una agudización de las contradicciones de clase y una nueva forma de explotación”, etc., etc., etc. Pero me encuentro con que la alternativa que plantean los románticos –que me parece muy bien desde el punto de vista de la recuperación del hombre, de la individualidad y una cantidad de cosas, de la necesidad de desalienar al ser humano– no puede aceptarse porque la historia no va para atrás... no volvemos a los talleres artesanales. Entonces, Marx está ubicado en una coyuntura que es parte de la justificación de por qué él mismo existe. Marx tomó de los clásicos, de Adam Smith, de David Ricardo, etc., tomó cosas de Kant, de Locke, de una serie de pensadores y de corrientes de pensamiento que existieron antes. También de Hegel, por supuesto. Y la modernidad para mí es el siglo XIX, hasta mediados del siglo XX triunfante, la idea de progreso, y en última instancia, como no son dialécticos, sino que son formalistas, o sea, aplican una lógica formal y no una lógica dialéctica, el desarrollo es rectilíneo. Ese concepto de desarrollo rectilíneo se dio durante todo el siglo XIX hasta la mitad del siglo XX y, por lo menos como yo lo veo, comienza un proceso de crisis de la idea de la modernidad después de la II Guerra Mundial, con toda una serie de factores que se van desencadenando, entre los cuales tiene una importancia muy grande el hecho de que, si bien la hegemonía norteamericana se afianza, se entra en una situación de grandes conflictos sociales. Y de guerras... no es broma que Estados Unidos perdió la guerra de Vietnam, es decir, en medio de todo eso surge. El grupo o la tendencia posmoderna y los posmodernos dicen: “La historia no me interesa, es un cuento, no es científico”. ¿Y el futuro? “Ya vendrá el futuro y los que vengan en el futuro dirán qué es lo que pasa”. Y se desentienden del futuro, no hay perspectiva. ¿Hacia dónde vamos? Y vamos pero no hay un plan, no hay una proyección. Marx tenía una proyección, decía: “Vamos a la crisis de la sociedad capitalista y hacia el socialismo”. Se puede decir “estoy en contra, bueno, ¿entonces a dónde vamos? Pero no dan respuesta. Les interesa el presente, y vivir el presente termina siendo una cosa hasta hedonista, que justifica cualquier cosa, porque ni lo anterior ni lo futuro tienen importancia. Cortaron la historia en rodajas. Esto lleva a que sea imprescindible una actitud crítica para asumir una posición personal, porque uno la tiene que justificar. ¿Por qué acepto lo fundamental de Marx? Creo que Marx tuvo equívocas, que se contradice él mismo de un texto a otro, pero hay un tronco fundamental en su planteo que le da coherencia, que yo he publicado, he escrito y algunos después me han dicho “te has vuelto un pequeño burgués reformista”, porque digo que Marx se equivocó cuando dice esto, esto, esto... Todas esas cosas se pueden encontrar no en la obra de juventud sino en la obra madura, en *El Capital*; y hay algunos textos de Marx que son muy importantes, como los *Gründisse*, que son apuntes para la escritura de *El Capital* y que no fueron conocidos hasta los años

'30 del siglo XX, o sea, que ninguno de los marxistas que escribió antes conocía el *Gründisse* en donde Marx, por ejemplo, habla de trabajo productivo y trabajo improductivo. En un artículo del *Anuario de la Escuela de Historia de Rosario* lo analizo. En los *Gründisse* hace toda una serie de disquisiciones, y yo pasaba una, dos, tres páginas y cuando las leía pensaba: no sabe por dónde salir, porque está dando vueltas; y, efectivamente, llega a un punto en que Marx dice: "Todo esto es muy confuso, hay que volver sobre el tema", punto aparte y pasa a hablar de otra cosa. Hay que tener en cuenta que los *Gründisse* son apuntes para la escritura de *El Capital*. Cuando los escribe, Marx dice que el trabajo productivo y el trabajo improductivo no tienen nada que ver con la definición de clases sociales. Es decir, empieza a acotar una definición, y acepta una determinada interpretación de qué es trabajo productivo y qué es trabajo improductivo, es decir, la conclusión mía es: Marx estuvo dudando y estuvo escribiendo y poniendo sus dudas por escrito, como le pasa a cualquier ser humano, y en un punto llegó a una determinada conclusión que dijo lo que es coherente: "Mi planteo es esto". Y entonces rechazó todas las otras interpretaciones con las cuales había estado manejándose para ver qué es lo que él creía o no creía. Esas dudas son dudas que tiene que tener todo investigador; ahora, la nueva Historia Política no tiene dudas, y la vieja Historia Política tampoco. Rosas fue un dictador, Dorrego un mártir, y de ahí para adelante cualquier otro tipo de cosa que se nos ocurra. ¿Por qué?, porque la historiografía me lo dice. Pero a la historiografía la escribió gente que estuvo comprometida. Porque Mitre estuvo comprometido entonces tiene una visión, es decir, está condicionada, condicionado lo que él dice. Ahora, que a mí me digan: "Mitre dijo tal cosa" y esto tiene un determinado valor y hay que discutirlo y todo lo demás, perfecto, estoy totalmente de acuerdo, pero la actitud crítica es ver si eso corresponde o no, y contraponerlo con lo que dicen otros autores o los otros datos o los otros elementos que pueden existir; y entonces los contrapongo y veo con qué me quedo para tomar una posición personal, y si no tomo una posición personal hablo por boca de ganso, repitiendo lo que dice un determinado autor o un determinado grupo de autores que están consagrados. ¿Quién los consagró? El sistema, los consagró una tendencia dentro del sistema. El antecedente para el surgimiento del posmodernismo se da cuando, más o menos en los años '20, autores como Spengler o, para hablar de los años '40 o '50, autores como Toynbee, empiezan a hablar ya no de la nacionalidad y del progreso, del progreso rectilíneo y uniforme, casi podríamos decir aplicando la lógica formal, sino que empiezan a hablar de las civilizaciones, y la civilización es un conjunto de cosas. Es decir, Spengler, alemán, fue una cantera para sacar elementos por parte del nazismo. Pero de todas maneras introduce el problema: ¿Quién está en decadencia? Occidente. El nazismo no existía todavía, Hitler no había surgido, eran los años '20; pero la decadencia de Occidente es la decadencia de una civilización, y está analizando esa civilización que está en crisis, está haciendo un informe macro, un informe totalizador, y no el informe positivista de tipo tradicional. Por ejemplo, lo que dice Durkheim especialmente, más que Comte, que todavía se dedica más a cuestiones que tienen que ver con la Historia, que llega al absurdo, eso que escribí y publiqué, cuando Durkheim dice: "Positivista ciento por ciento, a cada acontecimiento que conozco, a cada dato le hago una ficha y me voy haciendo un fichero". ¿Qué historiador no hizo un fichero? Era obligatorio hacer ficheros, ahora Durkheim dice que si a las fichas las hago desplazar, tengo la historia. Es el absurdo, se acabó la interpretación, en el conjunto, lo dice Durkheim cuando habla del método de la historia; al hablar de civilización y ubicar

elementos económicos, sociales, políticos, culturales, etc., se está rompiendo con el esquema, y el positivismo es uno de los paradigmas de la modernidad. Con Toynbee pasa una cosa distinta; primero, es un inglés, escribe veinte años después que Spengler y lo que dice es: “No hay una civilización porque hay varias civilizaciones”. Spengler habla de Occidente, es una civilización, el mundo se movió con distintos tipos de civilizaciones, y Toynbee identifica por lo menos ocho, y dice que estas civilizaciones tienen un nacimiento, un proceso de madurez, de estancamiento, una crisis y luego desaparecen. Por ejemplo, los mayas son una civilización, o fueron una civilización, y desaparecieron; otras civilizaciones no desaparecen pero sí están en crisis, y llega a la conclusión de que la civilización capitalista está en crisis, entonces ya no es Occidente, es el capitalismo. Y Toynbee era inglés, no era nazi. Para los positivistas cuanto más chiquito sea el enfoque, mejor.

Nidia: —¿Qué pensás acerca de estas interpretaciones entre la *Historia general*, una *Historia Social general* y las *historias de casos puntuales*?

—Claro, los casos puntuales me parece que son lícitos, no estoy en contra. Creo que no es la historia, pero son parte del proceso histórico, es decir, si estoy hablando de la Revolución Mexicana, ¿por qué algunas interpretaciones dicen que duró diez años y otras dicen treinta? O sea, unos la terminan con Carranza y otros con Lázaro Cárdenas. Bueno, ¿dónde terminó la Revolución Mexicana? Y el oficialismo del PRI dice que todavía hoy estábamos en la Revolución Mexicana. Entonces, ¿cuál es la Revolución Mexicana? Discutiendo el proceso, aun en los términos más cortos posibles, de 1910 a 1920, se cuenta la anécdota de que Pancho Villa, para vengarse de los federales de Porfirio Díaz después de una batalla, toma prisioneros y dice: “Déjenme que yo me encargo”, y agarra una pistola y empieza a matar gente, y llega un momento en que larga la pistola porque está muy caliente y dice: “Denme otra pistola” para seguir matando. Es una anécdota de la violencia de la revolución. Si me quedo en el hecho de que mató gente, digo: “Pero es un vulgar asesino”. Toda la Revolución Mexicana fue absolutamente violenta, de ambos lados; entonces, ¿es verdad la anécdota? Y sí, es verdad, pero es anécdota, no es la historia. Para mí la historia es más compleja, implica una actitud crítica y de interpretación en donde uno tiene que asumir la interpretación para justificarla.

Nidia: —*Hubo una revalorización en los últimos tiempos dentro de los estudios mexicanos del Porfiriato.*

—Sí.

Nidia: —*Pero eso implica lo que estás diciendo, justamente una posición ideológica de comprensión de los tiempos coloniales, sobre todo el XVIII, el reformismo, y de reinterpretación también del Porfiriato.*

—Claro, pero no de los últimos tiempos, porque hace cincuenta años Cosío Villegas publicó una *Historia de México* en donde hay una reivindicación de la época de Porfirio Díaz porque éste consiguió consolidar el Estado nacional, las inversiones extranjeras y desarrollar el capitalismo en México. Se pueden aportar muchos datos; antes de Porfirio Díaz había 2.000 km de vías férreas, todas ligadas a la frontera norte en la relación con Estados Unidos; cuando renuncia había, no unos

pocos cientos de vías férreas, sino 40.000 km, y lo que eran antes simplemente vías de conexión entre el norte mexicano y los Estados Unidos se convierten en una red que va hacia ciudad de México y Puerto de Veracruz. Se produce una integración territorial, que es uno de los elementos de la formación de la nacionalidad. Eso lo hizo Porfirio Díaz, quién lo va a negar, están los datos. En el Archivo de México, la antigua cárcel donde ahora está el Archivo Nacional, Lacumberri; ahí están todos los datos oficiales. Incluso se han publicado algunos resúmenes estadísticos.

Nidia: —*Pero esto implica una utilización político-ideológica dentro de lo que es hoy la proyección del gobierno mexicano.*

—Claro, pero Cosío Villegas rescata eso y hasta te dice: “¿No ves el progreso que significó?”, está justificando lo que con toda desenvoltura decían los intelectuales que apoyaban a Porfirio Díaz, porque de los tres Estados que plantea Compte, el último, el mejor, el definitivo, digamos, es el Estado Científico, y forman el Partido Científico.

Teresa: —*El Colegio de México es parte de eso, ¿no?...*

—Parte de eso es el Colegio de México, pero ahora está muy mezclado. El Colegio está cerca de la Universidad, de la UNAM, en la misma ruta, saliendo un poquito más para afuera porque está en la periferia de la ciudad. Tiene toda una serie de campos de investigación en donde ahora se han mezclado mucho, porque han estado de moda los estudios económicos y sociales. Hay autores que de una manera u otra no están reflejando la misma posición que se tenía en la época de Cosío Villegas.

Nidia: —*¿Esto incidió en tu decisión, no sé si es un poco traído de los pelos, de radicarte en Puebla, en la Universidad de Puebla?*

—No. Había conocido gente de Puebla, mexicanos y algunos latinoamericanos que estaban allí, dos haitianos, uno especialmente muy buen tipo que se murió joven, un guatemalteco, una chilena... todos eran exiliados. Puebla tenía en aquella época un millón de habitantes, frente a los veinticinco millones de habitantes que tenía la ciudad de México. A mí me asfixiaba, me asfixia hoy Buenos Aires, mucho más la ciudad de México. Prefiero estar en un ambiente intermedio, Rosario es un ambiente intermedio, un millón de habitantes, es una ciudad a nivel humano, aunque no tenga una cantidad de cosas. Cuando fui a México me invitaron de la Universidad de Puebla y de la División de Post-Grado en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. Acepté Puebla.

Sobre la actual formación de los historiadores argentinos

—Las universidades nacionales han sufrido un fuerte embate durante la década menemista, en particular a partir de la aplicación de la Ley Federal de Educación. ¿Cuál es tu opinión a cerca de la actual formación de los historiadores argentinos? ¿A qué atribuis el desinterés actual de los historiadores para comprometerse ideológicamente?

—Bueno, pienso que la inmensa mayoría de los historiadores sigue haciendo Historia Positivis-

ta, la inmensa mayoría, es decir, le llaman neo positivismo y para mí sigue siendo positivismo nada más. Aun cuando en vez de hacer Historia Política, que era lo típico de épocas anteriores, hagan Historia Económica, por ejemplo.

Nidia: —¿Y con respecto a la *Historia Cultural*, con todas las denominaciones que pueda tener?

—La Historia Cultural da para cualquier cosa. ésta es una vieja discusión que tuve con José Luis Romero, porque él hacía historia cultural y yo le decía: “¿qué es cultura?”. Me dicen que hacen Historia Cultural y digo: “Qué es cultura”; me dicen que hacen Historia Económica, bueno, ¿qué es economía?; o me dicen que hacen Historia Política, bueno, ¿qué es esto?... Le decía a Romero: el problema está en que no hay historias distintas, por lo menos eso es lo que entiendo, hay una historia, porque el ser humano es uno y tiene problemas de cultura en sentido restringido, de economía, de ideología, de política, de todo tipo, que pasan por el individuo y, precisamente, el problema de la alienación, porque todo está ligado. El problema de la alienación, que es social y colectiva en función del régimen social imperante, impone determinadas pautas de funcionamiento, elimina la individualidad y la posibilidad de realización del individuo, y la cultura no es la cultura individual que uno puede cultivar porque su actividad libre-creadora —es así como entiendo lo que denomina Marx— está alienada por esa totalidad en donde lo que sigue predominando es una relación de ricos y pobres, de explotados y explotadores, capital y trabajo. Entonces, de qué cultura estamos hablando... Me acuerdo perfectamente porque Romero hacía Historia Medieval y la historia de la burguesía, del surgimiento de la burguesía, ése era su tema de investigación central, es decir, esa burguesía, cuándo surge, de qué manera, en qué tipo de sociedad, cómo se va conformando, por qué no es un problema de voluntad, la historia no es voluntad, porque si no dejaríamos de pensar que puede ser ciencia; de nuevo creo que lo que se necesita en Historia es asumir que se construyen categorías analíticas y si no las construyo es porque acepto las vigentes, y si acepto las vigentes estoy aceptando primero que nada el *statu quo*...

Nidia: —¿A qué atribuis el desinterés actual de los historiadores para comprometerse ideológicamente?

—Y... se desentienden ideológicamente por una cosa muy simple, porque están de acuerdo con el sistema... (risas), pero es que es así... O que están dentro, o que son funcionales, es decir, porque Hobsbawm en una serie de cosas es funcional al sistema, y eso que Hobsbawm es marxista, de izquierda y venerado de esa forma incluso en Europa. Ideológicamente, Hobsbawm lo que plantea, no en los estudios del siglo XIX, es la actitud imperialista. Naciones y nacionalismos, y todo ese tipo de cosas, se plantean en artículos, ponencias o artículos más breves. Lo que plantea con respecto a la sociedad inglesa, y enfrentando a los marxistas ingleses como Christopher Hill y otros, es la necesidad de un acuerdo con la sociedad conservadora inglesa, que la izquierda no va a poder avanzar hasta tanto no se llegue a un determinado acuerdo y a una determinada convivencia. Ir ganando espacios paulatinamente, que otro de los marxistas ingleses dice: “El poder no se gana por partes”, entonces partimos de una posición revolucionaria o de una posición conviviente; Hobsbawm parte de una posición conviviente. Cuando hay un poderoso y hay una minoría, la convivencia que significa, quién domina, el poderoso, Hobsbawm está en la conciliación, claro, es decir, frente a

Tony Blair dice: “Se le fue la mano...”. Estuve en un congreso en Austria en donde estaba Hobsbawn como invitado muy especial, me tuve que tragar la conferencia, estaba repleto de gente, el que le hacía de pareja, pero polémico, era Sigmund Baumann, alemán, que tiene un trabajo muy interesante y de quien acaba de salir un libro que se llama *La globalidad líquida*, que es una crítica al problema de la globalización. Baumann interviene después de Hobsbawn y le empieza a destruir uno por uno la media docena de argumentos que había utilizado en su exposición, y la gente se dio cuenta, porque aplaudió terriblemente a Baumann. Hobsbawn era el eclecticismo total. Entonces, el problema, el desinterés de los historiadores por comprometerse es un desinterés interesado. Porque si yo me desintereso, digamos, estoy pensando en gente como Hobsbawn, de esa naturaleza, de la que es importante lo que escribe y lo que dice porque no se trata de charlatanes, es decir, no quiero llegar a eso en lo más mínimo, pero cuando dicen “me desintereso”, Thompson no se desinteresa, pero Hobsbawn se desinteresa, estoy aceptando el *statu quo* que significa la situación actual.

Nidia: —*No has mencionado a los franceses que tanta influencia han tenido.*

—Y que ahora están de capa caída; la Universidad de París VIII en Saint Dennis, como se llama el barrio. La Universidad de París tiene distintas secciones, París VIII es donde se hizo el famoso Mayo Francés. Acaba de ganar la dirección la derecha, era la única en todo lo que es la Universidad de París, París I es La Sorbona, la otra importante es París X, Nanterre, está París XII... y París VIII era el reducto de la izquierda. Vino hace poco, en el mes de abril, un amigo que es profesor allí, y le digo: “¿pero cómo puede ser que haya perdido la izquierda las elecciones?”. No es ultraizquierdista ni nada por el estilo, es una izquierda, un progresismo, una mezcla de cosas de esa naturaleza, con gente de la derecha. Gente de derecha muy inteligente, que no hace persecución, que concilia, negocia y deja ciertos espacios para que puedan ocupar otros sectores, son mucho más inteligentes, son mucho más vivos, y dejaban que París VIII se mantuviera; bueno, perdieron París VIII; y me dice: “Jean Marie Vincent, otro, Dennis Berget, es decir, te digo incluso profesores muy conocidos de París 8, son todos de izquierda, algunos son marxistas. El PC aflojó los controles porque no podía mantener la línea verticalista del stalinismo tradicional y que muchos comunistas tienen, dicen cosas que no son las que dice el partido, y así sucesivamente. Que se jubiló, que se murió, que esto, que lo otro, se nos ha ido la plana mayor, y queda una cantidad de gente joven, pero la derecha nos copó, no hubo caso...”.

Teresa: —*¿Cómo podemos usar el conocimiento histórico, o la perspectiva del oficio de historiador, para interpretar esta realidad que tenemos —que parece que nadie protesta, que los partidos políticos tienen la condena social o los movimientos sociales aparecen cada vez más agudos, digamos, en ciertos lugares, pero con rechazo de la clase media visiblemente en otros, es decir... se puede usar... podemos tener una expectativa positiva en usar la Historia para interpretar esto que está pasando?*

—Creo que se puede usar la Historia evidentemente, es más, la Historia hecha críticamente muestra una primera cuestión. El cambio es inevitable, es decir, la Historia en última instancia es el estudio de los procesos de cambio que se dan en la sociedad, no es el estudio de situaciones

puntuales, las situaciones puntuales sirven para combinarlas de una determinada manera, pero es el estudio de los procesos de cambio en la sociedad. Entonces, ¿cómo lo ubico en el caso de la Argentina? Lo mismo lo podría ubicar en cualquier otro caso, es decir, se necesita tener determinada acumulación de fuerzas para poder enfrentar a un sistema que es injusto, para decirlo suave, el sistema capitalista. ¿Qué es lo que dicen los que creen que se llegó al final de la Historia? Éste es el último escalón, es el posmodernismo. Fukuyama es del posmodernismo, es decir, se llegó al final, éste es el final de la ruta... No, no es el final de la ruta, y de nuevo voy a plantear mucho más inteligentes, como el de Toynbee, que dice: “Es una civilización que entra en crisis, ¿después que va a venir?”. Qué estamos discutiendo hoy, dentro de cinco años, siete años, China va a ser la primera potencia económica mundial, está creciendo a un promedio de entre 8 y 9% anualmente desde hace diez años, y se convierte en una potencia que va a barrer a Estados Unidos. Ahora, sea Estados Unidos, sea la Unión Europea, ¿cómo pueden competir con China? Es decir, es una previsión para el futuro, pero es lo que está sucediendo desde hace diez años a esta parte. La crisis que vive Estados Unidos... país hegemónico (el siglo XVIII lo tuvo España, el siglo XIX lo tuvo Inglaterra, el siglo XX fundamentalmente Estados Unidos); en el siglo XXI, ¿cuál va a ser el país hegemónico? ¿La Unión Europea?, que es la que se postula como competencia con Estados Unidos; en un momento pareció que iba a ser Japón, hace diez años, con la forma en que creció Japón con el toyotismo?, Con esto, con lo otro, innovaciones tecnológicas que fueron copiadas por los norteamericanos, es decir, en ese proceso de cambio, la alternativa para mí, dos, una acumulación de fuerzas en función de conseguir reivindicaciones que hagan menos injusta la sociedad de clases, aun cuando se mantenga la sociedad de clases por que no se toma el poder y no se hace el socialismo de la noche para la mañana, porque tampoco se lo hace tomando el poder. Empezando porque no existe el Estado Socialista, hablar de un Estado Socialista es una contradicción en los términos, porque el socialismo plantea la eliminación del Estado, entonces el socialismo real es una contradicción en los términos, el “socialismo real” es el que se daba en toda una serie de luchas en el mundo, pero no en la Unión Soviética con la burocracia estalinista. Entonces a lo que voy es acumulación de fuerzas, o llegado a un determinado nivel en donde la acumulación de fuerzas es lo suficientemente grande, la posibilidad de un proceso revolucionario, ésa es la perspectiva que hay en la Argentina. Cuál es la respuesta, que el régimen capitalista se pueda fortalecer, y ese fortalecimiento implica el rompimiento de la acumulación de fuerzas, ya sea para una política reformista o para una política revolucionaria y eso se puede dar... se ha dado en la historia más de una vez. Y el historiador tiene que interpretar eso, es decir, en última instancia, el historiador está buscando el sentido de la Historia, hacia dónde va, qué significan los cambios que se están produciendo ante la vista de todo el mundo. Y es un poco lo que yo digo siempre: la alienación existe porque existe la división en clases sociales, eso es marxismo, no soy yo, es Marx en los *Cuadernos Filosóficos* de 1844, antes de *El Capital*, antes del *Manifiesto Comunista* y demás, en la juventud.

Teresa: —*La sociedad de clases... la injusticia que existe en la sociedad de clases...*

—Y existe la alienación, esa alienación existe objetivamente en la sociedad porque en la estructura global de lo que es la sociedad yo estoy inmerso individualmente, yo puedo hablar de la

alienación y decir “hay que desalienarse”, pero yo no me desaliento, porque eso es un problema social, no un problema individual, el problema social que significa la división en clases sociales, es decir, pobres y ricos, dueños del poder, dominantes y dominadores; entonces, el problema es social, no es nunca individual. ¿Qué podemos hacer? Lo que podemos hacer es acumular fuerzas, el problema está en que en política es muy difícil saber cuándo están las condiciones. Fijense, el Partido Obrero que plantea la revolución está a la vuelta de la esquina, podrá tener muy buenas intenciones y todo lo demás... La revolución socialista está a la vuelta de la esquina, mentira, llegaron a decir, llegaron a decir y a escribir en su prensa política que no había que hacer el Museo de la Memoria en la ESMA, porque la ESMA estaba preparada para la detención y para la tortura, entonces utilicémosla contra nuestros enemigos, o sea, vamos a torturar y vamos a matar, los vamos a hacer desaparecer, porque ellos hicieron eso con nosotros. ¡Ay!, ¡qué locura! Uno dice, ¿pero de qué está hablando esta gente? No que levantó una cantidad de críticas, una cantidad de protestas de todo el mundo, pero, ¿ustedes están levantando la legalidad de la tortura revolucionaria? Es decir, uno condena la tortura en general, está mal en cualquier sentido que se tome. Y por otro lado están como los Estados Unidos con el asunto de Irak, justifican; o como el Estado de Israel, que en su legislación admite la tortura como elemento de interrogación para los prisioneros adversarios de ese Estado, esto es, formalmente, está escrito, admiten la tortura. Entonces, uno está condenando todo eso, ahora la alienación es lo que está en la base, más sutil pero más profunda, de lo que significa la distorsión del pensamiento y de la actitud humana, y lo que está como subyaciendo de una forma imperceptible porque el sistema se lo mete a uno en la cabeza de esa forma imperceptible.

Teresa: — *Y se naturaliza...*

—Y claro.

Teresa: — *Se naturaliza y es imposible verlo.*

—Lógico, o, si tengo conciencia, yo puedo tener conciencia de que hay alienación, pero no puedo desalienarme porque esa conciencia de desalienación está condicionada, también está condicionada. Ahora, qué hacen los historiadores, es decir, qué perspectiva puede haber... de lo que me ponías aquí, desinterés... no, yo no creo que haya desinterés.

Nidia: *¿Y en la actual formación histórica?*

—Y... cierro los ojos... es como el que decía: “Yo no sé si hubo torturas en la época de Videla”, y uno dice “bueno, puede ser que una persona sea ignorante y no sepa, porque no se mete en eso, vaya a saber por qué, pero así, en términos generales, que eso existía, existía. Que hubo un apoyo, lo hubo, y tan es así que pensemos en Galtieri y en la Guerra de las Malvinas y la Plaza de Mayo repleta, e incluso exiliados en Venezuela, con los cuales me he topado, de izquierda, que defendían la invasión a las Malvinas y decían que después de todo Galtieri no podía ser tan malo en tanto tomaba una medida tan buena. Uno decía: pero, ¿a qué estamos jugando acá? Ahora, todo esto es parte de una situación en donde, digamos, hay mucho de personal, de que uno toma conciencia y

uno trata en lo posible de hacer determinado tipo de cosa, pero lo que puede hacer es limitado, absolutamente limitado, es decir, yo lo digo por experiencia, porque todo el mundo me conoce como marxista, ¿qué es lo que hago yo? Y yo no hago nada, porque no milito, no estoy militando; hablo con estudiantes, hago grupos de estudio, estudiamos *El Capital*, hacemos esto, hacemos lo otro, etc., permanentemente estoy haciendo cosas, y sí... me invitan de otras universidades para que vaya y diga unas cuantas cosas medio incendiarias porque no son las cosas que comúnmente se dicen...

Nidia: —*Pero nunca has tomado la cátedra como un espacio para hacer proselitismo.*

—No, la cátedra no... Pero al margen de la cátedra... y la prueba está en que en el programa de la cátedra este año hay toda una serie de textos en donde simplemente yo dejo que se hagan informes, que se discuta y todo lo demás y digo: “Yo tengo una opinión y así como vimos una opinión en donde dice que esto es blanco, yo creo que es negro, y digo mi opinión, ahora, ustedes van a repetir lo que dice Cardoso y que es blanco, perfecto, en la medida en que leyeron a Cardoso están metidos en el tema, lo que yo digo que es negro en vez de ser blanco lo toman a título de antecedente para saber que existen posiciones distintas”. El asunto es estimular el punto de vista crítico. Y lo primero que se hace didácticamente es contraponer textos, que digan cosas distintas sobre un mismo proceso histórico, decir “bueno”; es decir, cuando un estudiante tiene que hacer un informe sobre un tema y me dice: “El autor dice esto”, yo le digo: “Bueno. ¿Y... qué pensás?”, “bueno, que hace un mes nosotros tuvimos una lectura en la que había un autor que decía precisamente lo contrario”, “ah... entonces estás usando la cabeza, bárbaro”.

Nidia: —*No solamente ha sido en el plano de la cátedra, vos conocés mucho la universidad y muchas veces dijiste, por lo menos yo te escuché, que ibas a hacer una Historia de la Universidad Argentina, era uno de nuestros proyectos...*

—He escrito algunas cosas sueltas; incluso me han invitado, y yo he aceptado, por ejemplo, a la Universidad de Mar del Plata en el aniversario de la Reforma Universitaria, hace unos cuantos años. Dije una cantidad de cosas acerca de la Reforma recalcando el sentido social de la crítica a la Universidad y señalando que hasta los planteos básicos de 1918 hoy han sido abandonados por muchos reformistas...

Nuestro historiador ha rememorado su recorrido profesional y vivencias insertándolas en la vida de las universidades argentinas, los conflictos ideológicos entre diversos sectores y las solidaridades académico políticas con colegas de Universidades de Venezuela, México y Uruguay, entre otras. Su situación laboral, su residencia en diversas ciudades y países, han formado parte de su relato, incluso aspectos familiares.

Considerando que por horas se había extendido generosamente, suspendimos la entrevista, aun cuando su inagotable experiencia y sabiduría darían para muchas más páginas.